

La tesis del ojo semiótico: notas preliminares

The eye semiotic thesis: preliminary notes

Rubén Dittus¹

Abstract

From a socio-critical perspective, the paper proposes points of meeting between the the imaginary social theory and the semiotic method, approaching the role of the scientific discourse in the process of the semiosis and in the comprehension of the social phenomenon. The thesis that one presents defines the imaginary social one as a blind point, as lenses not seen forthwith of vision, which acts as an instrument of perception of the reality in the shape of abstract schemes of representation. Thus, the science is sketched as a company of construction of sense that he identifies, organizes, systematizes and projects possible worlds that become royal in the ordinariness.

Keywords: semiosis, scientific discourse, imaginary social, socio-critical perspective

Resumen

Desde una perspectiva socio-crítica, el artículo propone puntos de encuentro entre la teoría de los imaginarios sociales y el método semiótico, abordando el rol del discurso científico en el proceso de la semiosis y en la comprensión del fenómeno social. La tesis que se presenta define al imaginario social como un punto ciego, al igual que lentes no vistos en el acto de visión, que actúa como un instrumento de percepción de la realidad en forma de esquemas abstractos de representación. De este modo, la ciencia se dibuja como una empresa de construcción de sentido que identifica, organiza, sistematiza y proyecta mundos posibles que se hacen real en la cotidianeidad.

Palabras clave: semiosis, discurso científico, imaginario social, perspectiva socio-crítica

¹ Periodista y semiólogo chileno. Doctor en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Barcelona, con estudios de semiótica en la Universidad de Chile y de guion cinematográfico en la Universidad Finis Terrae. Profesor Investigador de la Universidad Central de Chile. Editor de la Revista Chilena de Semiótica.

Correo postal: Casilla 13847, Sucursal Moneda, Santiago, Región Metropolitana 8329004, CHILE
Pertenencia institucional: Universidad Central de Chile
Contacto: ruben.dittus@ucentral.cl

“La gente cree que tiene un pensamiento personal;
en verdad, en el pensador más original sólo hay una ínfima
parte de lo que dice que no proviene de la sociedad”

(Cornelius Castoriadis)

Fundamentos de lo imaginario

La pregunta en torno a la semiosis se ha vuelto clave en varias disciplinas. Más que un problema filosófico, hoy día asoma como una consideración metodológica. Y es que la nula diferencia entre percepción y realidad le ofrece al científico social posibilidades ilimitadas para reflexionar y cuestionar su quehacer. El antiguo debate entre realismo interno (percepción) y realismo externo (lo representado) ha sido desbancado por una perspectiva más crítica y menos dada a la orientación de los clásicos paradigmas dominantes. El resultado: una ciencia social más reflexiva y consciente de sus influencias discursivas. Este avance epistemológico, sin embargo, no ha sido accidental. Luego de siglos en los que la modernidad se ha instalado con expresiones sgnicas autoritarias, racionales y objetivantes, parte del campo científico occidental ha asumido los determinismos socio-históricos como fundantes en el desarrollo del conocimiento actual. Esto ha sido necesario, dado la creciente influencia de otras formas de acceder a los fenómenos de la vida. Las narraciones épicas y los cuentos populares son un ejemplo de aquello. Hoy día, la ciencia se mueve en la realidad de los mundos posibles, más que sustancias reales. Es decir, es la capacidad imaginante la que nos muestra los desafíos de una actividad que sigue gozando de prestigio social, en desmedro de los innumerables mitos urbanos y pequeños relatos posmodernos. Y es que a pesar de la pérdida de crédito y garantía, el discurso tecnocientífico sigue promoviendo, más que nunca, posibilidades de desarrollo y hábitos comunicantes naturalizados y, por ello, incuestionables.

Este artículo presenta un modelo de análisis de lo imaginario-social, como elemento básico de lo instituido y lo instituable. La diferencia entre ideología y utopía queda reducida, así, a una cuestión semántica con pocas posibilidades de ser ejercida en la práctica. Como todo esquema analógico, la reducción de la complejidad es el objetivo de nuestro modelo. Dicha reducción es imprescindible para que cualquier propuesta de análisis del sistema social sea replicable. Intentaremos que dicha reducción no sea destructora sino que, por el contrario, refuerce el sentido de la complejidad de una operación automática, encargada de crear realidad desde lo individual y lo social. Las dificultades no son pocas. La tendencia de todo orden social es hacia su permanencia y

reproducción. Este conservadurismo supera la sola promoción de datos, instituciones o estructuras. Se autoconstituye en un marco de referencias epistemológicas, éticas y ontológicas. “El capitalismo ya no se discute”, dirían algunos como prueba. “La ciencia tampoco”, agregarían otros con entusiasmo. Nuestro objetivo es, entonces, poner en tela de juicio lo invisible. Nos guía la máxima que indica que frente a lo establecido, siempre se puede pensar un orden alternativo. Un mundo posible, a partir de las coordenadas que soportan este castillo imaginario llamado sociedad.

Cada vez que se sitúa un análisis académico en el ámbito de lo imaginario, el o los investigadores deben introducir su trabajo haciendo varias precisiones conceptuales. Lo anterior se debe a que la teoría de los imaginarios sociales se encuentra aún en construcción. A menudo, las comisiones de los congresos académicos o los comités de redacción de revistas especializadas “invitan” a los autores a aclarar dicha terminología, toda vez que el fenómeno de lo imaginario es habitualmente relacionado con lo fantasioso, con lo que no existe y con lo irreal. Nuestro primer anclaje teórico aborda el concepto de lo imaginario, desde los aportes teóricos de Cornelius Castoriadis. El pensador griego define lo imaginario como “una creación incesante y esencialmente indeterminada (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes” (Castoriadis 1986. p. 328); es decir, es el resultado de una capacidad psíquica exclusivamente humana que actúa sobre la base de las experiencias socializantes y socializadoras. De esa forma, lo imaginario entra en relación con la imaginación y con la imagen, como una “*capacidad o potencia creativa y creadora del ser humano (individual y social) y conjunto o formación abierta de representaciones, afectos y deseos que de ella resultan*” (Cabrera 2003, p. 31). Definiciones más recientes entienden lo imaginario como “un tipo de pensar abstracto, relativamente autónomo del terreno de lo concreto, pero que es aplicable a lo no abstracto o lo concreto, por la vía de las propias construcciones” (Baeza 2003, p. 36).

Lo imaginario se presenta, entonces, como una facultad que cumple funciones claves para nuestra existencia simbólica: actúa como factor de equilibrio psicosocial, mantiene el orden social y hace posible las transformaciones a través de la reorganización de lo significativo (Castoriadis, 2006). La lectura de Castoriadis nos ha permitido comprender la aparente –pero necesaria– contradicción de lo imaginario: es, a la vez, singular y colectivo. Por un lado, la sociedad se apodera de la imaginación particular del individuo, pero éste al mismo tiempo se nutre de aquello que socialmente está permitido imaginar. De esta forma, el ser humano se ha creado a sí mismo a partir de sus propios imaginarios, los que se encuentran socialmente establecidos. Se construye socialmente desde la imaginación.

“La sociedad es creación, y creación de sí misma: auto-creación. Es surgimiento de una nueva forma ontológica y de un nuevo nivel y modo de ser. Es casi-totalidad que se mantiene unida por las instituciones y por las significaciones que las mismas encarnan (...) Para que existiera Atenas fue necesario que hubiera atenienses y no humanos en general. Pero los atenienses fueron creados en y por Atenas” (Castoriadis 1998, p. 314 -315).

Por lo tanto, es la relación psíquica a nivel individual y colectivo lo que le da sentido a lo social. Es la sociedad la que imagina, la que se autoimagina. Pero esa imaginación depende de prácticas mentales individuales que se relacionan en un tejido psíquico. La realidad no es sino una red de hechos psíquicos. Estamos rodeados de signos que interpretamos y que ayudamos a crear intersubjetivamente desde nuestra relación psíquica con el mundo. Y todo signo es relación, pero una relación mental que se construye desde esquemas primarios de representación. Los imaginarios sociales actúan, entonces, como matrices de sentido, como esquemas de representación. Son todas aquellas imágenes y construcciones mentales colectivas que permiten las representaciones y que éstas se organicen en sistemas de representaciones o discursos asegurando un incuestionable sentido a nuestro entorno existencial, haciendo tangible lo intangible, situándonos en el tiempo y en el espacio, y creando realidad desde la intersubjetividad.

Los efectos en la comprensión de lo real no se hacen esperar. Por un lado, no hay ninguna ley exterior a la sociedad que dicte sus procedimientos, transformando a cualquier intento de reforma institucional como una medida autoinstituyente. Y por otro, el orden social se convierte en un ente heterónimo, que genera normas desde dentro del sistema, pero invisibles, razón por la que no pueden ser cuestionadas ni transformadas fácilmente. La autonomización de lo social libera toda exigencia esencialista, determinista y absoluta, dándole al ser humano y su potencial imaginante las posibilidades de cambio tan exigidas en épocas de crisis. Si un ser autónomo es capaz de darse a sí mismo sus propias normas de existencia y decidir acerca de su modo de ser, resaltan, al menos, dos implicancias epistemológicas:

Primero; el ser y el conocimiento se constituyen sin nada previo, sin la necesidad de combinar síntomas existenciales precedentes puros o aislados de otros contextos históricos.

Segundo; se justifica la capacidad de autodeterminación y autoproclamación a partir sólo del pensamiento y prácticas instituidas, sin que se requiera dismantelar todos los antecedentes que han dado conservación y duración al orden social.

Lo anterior complementa la idea de semiosis peirciana, puesta en la dinámica de la producción de conocimiento. El pensamiento y la imaginación, como estadios previos de lo real, permiten un reordenamiento del mundo y de sus prácticas. Se reconoce, así, al científico social como un sujeto productor en determinado contexto histórico, que se apoya en la coexistencia de una determinada contemporaneidad, de otras semiosis y en las relaciones que las vinculan. De ese modo, la ciencia –como empresa de construcción de sentido– identifica, organiza, sistematiza y proyecta mundos posibles que se hacen real en la cotidianidad. El sujeto común toma esas instituciones imaginarias y las sigue semiotizando, lo que se traduce en formas de actuar y de pensar.

El Discurso como totalidad

¿Por qué conectar la teoría de imaginarios sociales con un análisis de la discursividad social? ¿Se trata, acaso, de un vínculo forzado? Si entendemos que la sociosemiótica tiene por objeto estudiar la función del signo como instaurador de sentido y, por lo tanto, como configurador de cultura, la noción de discurso adquiere un valor especial para esta disciplina, y con él, todas las instancias de creación de realidad, como lo imaginario. Siguiendo la teoría veroniana, el discurso deja de ser un fenómeno exclusivamente verbal, transformándose en el motor a través de las cuales el sentido se instala. “La noción de discurso designa toda manifestación espacio-temporal de sentido, cualquiera sea su soporte significante: ella no se limita, pues, a la materia significante del lenguaje propiamente dicho”, señala Verón (1978, p. 85).

Los discursos sólo se articulan al interior de un sistema productivo que les dé sustento existencial. Este sistema actúa como un conjunto de compulsiones que especifica las condiciones bajo las cuales algo es producido, circula y es consumido. Dichas compulsiones, según Verón, no constituye un conjunto homogéneo de materias significantes. “No brotan de una misma fuente, no tienen todas los mismos fundamentos ni remiten al mismo tipo de leyes” (Verón 1997, p. 11). Los sistemas de producción de sentido funcionan, así, de manera diferente, desde prácticas cotidianas institucionalizantes específicas, que se influyen mutuamente, como un verdadero árbol ramificado que funciona en forma cíclica.

Una manera acertada de identificar la forma cómo opera la producción de la semiosis social es a través de un análisis ideológico que identifique el discurso como una figura singular. Bajo ese prisma nos parece acertado seguir la orientación investigativa del belga Marc Angenot, para quien el discurso social debe ser analizado como un todo. La propuesta metodológica de Angenot sugiere un análisis global del discurso social propio de un estado de sociedad. Para ello, considera indispensable tomar en su totalidad la producción social del sentido y de la representación del mundo, superando aquella práctica investigativa que observa aquellos dominios discursivos como si éstos estuvieran aislados del resto del sistema social (Angenot 1998, p. 18). En este sentido, el teórico belga sólo concibe la aproximación al discurso desde la *interdisciplinariedad*. Enfatiza que el investigador debe procurar incorporar en sus técnicas de análisis los aportes de disciplinas sectoriales como el análisis de contenido y análisis de discurso, la semiótica y retórica literaria, la arqueología del saber, la crítica de las ideologías y la sociología del conocimiento. La idea de totalidad la fundamenta desde la percepción del poder discursivo en toda su omnipresencia y omnipotencia, presente en todos los lugares, “regulados por una hegemonía transdiscursiva”. En esa perspectiva de análisis, propone la siguiente definición:

“Convengamos en llamar *“discurso social”* todo aquello que se dice y se escribe en un estado de sociedad, todo lo que se imprime, todo lo que se habla públicamente o se representa hoy en los medios electrónicos. Todo lo que se narra y argumenta, si se plantea que narrar y argumentar son los dos grandes modos de puesta en discurso. O más bien llamaremos “discurso social” no al todo empírico, cacofónico y redundante a la vez, sino a los sistemas cognitivos, las distribuciones discursivas, los repertorios tópicos que en una sociedad dada organizan lo narrable y argumentable, aseguran una división del trabajo discursivo, según jerarquías de distinción y de funciones ideológicas para llenar y mantener” (Angenot 1998, p. 18).

La elección de la expresión *discurso social* (en singular) se explica porque más allá de la diversidad de prácticas significantes es posible identificar en todo estado de sociedad, una dominante interdiscursiva, es decir, formas de comprender y de significar lo conocido que configuran lo propio de esa sociedad. Se trata de una redefinición de aquello que Antonio Gramsci bautizó como *hegemonía*. A juicio de Angenot, el discurso social muestra una diversidad aparente, en circunstancias que ocupa todo el espacio de lo pensable.

“Dentro de él evolucionamos y existimos; es el médium obligado de todo pensamiento, de toda expresión, aún paradójal, de toda comunicación. Por cierto, esta hegemonía funciona en dialéctica con una división de tareas discursivas donde operan todos los factores, tanto los de distinción como el esoterismo” (Angenot 1998, p. 22).

La hegemonía debe ser entendida –dice Angenot– como la resultante sinérgica de un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que aseguran a la vez la división el trabajo discursivo y la homogeneización de las retóricas, de las tópicas y de la doxa. Estos mecanismos otorgan a lo que se dice y se escribe dosis de aceptabilidad, estratifican grados de legitimidad. La hegemonía actúa como un sistema regulador que predetermina la producción de las formas discursivas concretas. Ello explica que en todo discurso hegemónico la divergencia sea neutralizada, observándose un monopolio de la representación y de las prácticas sociales. Esta apariencia de naturalidad propia de la hegemonía nos explica por qué el discurso social actúa como la conjunción de lo visible y lo enunciable de una época, en una sociedad determinada.

La doxa hegemónica no sólo impide hablar sino que impone formas y contenidos de lo que se dice y no se dice. Angenot (1988) identifica aquellos elementos constitutivos de la hegemonía: reglas canónicas de los géneros y de los discursos, reglas de precedencia, estatutos de los diferentes discursos, normas del buen lenguaje (desde el literario al periodístico), formas aceptables de narración y de la argumentación, repertorio de temas propios y diversos, y convenciones de forma y de contenido. De aquí se obtiene una concreta propuesta metodológica, definiendo el análisis del discurso social como una búsqueda de lo homogéneo, a partir del cual el investigador debe poner en evidencia el material regulado o recurrente, detrás de las variaciones y avatares.

Para ello se buscan:

- Legitimaciones, dominancias y recurrencias
- Principios de cohesión y de imposición de puntos de vista
- Unificación orgánica (límites de lo pensable, de lo argumentable, de lo narrable, de lo escribible)
- Tendencias generales
- La Doxa (el habla común)
- Otras relaciones significativas que hacen que el discurso social no sea una mera yuxtaposición de formas discursivas autónomas

En esos lugares se enfatiza la hegemonía y con ella toda la heteronomía posible. Los protagonismos y antagonismos como elementos constitutivos del mismo discurso social hegemónico. Así, lo heterónimo debe rastrearse en la periferia, lugar donde se articulan los discursos que se enfrentan al discurso oficial, conocidos como discursos alternativos o contradiscursos. Se trata de discursos posibles, también están regulados por la hegemonía: es lo que permite el discurso social.

“La hegemonía puede ser percibida como un proceso que indefinidamente forma bola de nieve, que extiende su campo de temáticas y de cogniciones dominantes imponiendo “ideas de moda” y parámetros genéricos (...) los cuestionamientos radicales, las búsquedas de originalidad y de paradoja, siguen inscribiéndose con referencia a los elementos dominantes (...)” (Angenot 1998, p. 33).

Se trata de una periferia discursiva que tiene cabida en el discurso hegemónico. Es una mancomunidad inconsciente entre discurso y contradiscurso, presente entre nosotros, dentro de los grupos políticos, religiosos, sindicales, académicos y de expresión popular. Angenot nos invita a situar un análisis del discurso social, configurando los componentes del hecho hegemónico como objeto de estudio. Se trata de un modelo de análisis ideológico. Sin duda, la mejor forma de expresar la esencia de un trabajo sociosemiótico. Es una manera de enfatizar un claro antiesencialismo: las cosas son no porque hayan estado así desde siempre, sino porque las dinámicas sociales las han hecho posibles.

Los efectos de este marco conceptual en el ejercicio de la actividad científica son notorios. El propio Verón fue uno de los primeros semiólogos latinoamericanos en desenredar la aparente disyuntiva entre ideología y ciencia. No habría tal enredo. No existe tal discurso ideológico, ya que todo discurso potencialmente lo es. La pretensión de universalidad y la nula capacidad para reconocer las condiciones de producción del mismo son suficientes para clasificar lo propiamente ideológico de un discurso. La noción de Ciencia o de “actividad científica” está asociada a un sistema productivo que se encuentra en el interior de lo social, razón por la que la noción de “ciencia” puede ser asociada a un tipo de discurso, y con rasgos de hegemónico. Es decir, no existirá algo denominado “discurso ideológico” (Verón 2004). Lo ideológico no es el nombre de un tipo de discurso, sino el nombre de una dimensión presente en todos los discursos producidos en el interior de una formación social, en la medida en que el hecho de ser producidos en esta formación social ha dejado sus huellas en el discurso.

La misma tesis es apoyada por autores como Jesús Ibáñez, para quien lo ideológico y lo científico no son sino dos modos de prácticas significantes dentro de una formación ideológica propia de un modo de producción determinado históricamente, pero que se transforman en discursos objetivos, regulando prácticas en desarrollo de procesos reales (Ibáñez 1985). Angenot refuerza un planteamiento teórico similar cuando dice que todo lo que se analiza como signo, lenguaje y discurso es ideológico, pues lleva maneras de conocer y representar el mundo y todo lo conocido y aún por conocer, por lo que las ideologías no son sistemas autónomos ajenos al discurso social. Si así fueran estarían provistas de una escena distinta al resto de lo significativo: “sólo podrían ser criticados por alguien venido desde afuera, del afuera de esta ideología y del afuera del mundo del conocimiento ideológico, que poseyera un saber verdadero del mundo y de su evolución histórica” (Angenot 1998, p. 66).

Si se plantea la pregunta sobre la naturaleza de la “cientificidad” del discurso científico, habría que situarla desde la delimitación del problema del “conocimiento”. Este no es ajeno a la cuestión del sistema productivo de los discursos sociales, siendo este sistema a su vez, un fragmento del campo de producción de sentido. Esto permite comprender las relaciones necesarias entre lo ideológico y la científicidad. El propósito de una perspectiva semiológica es mostrar que es posible separar el producto del conocimiento del sistema productivo, develando la verdadera naturaleza de lo que se llama una “ciencia”, identificando en ésta una institucionalidad imaginaria y significativa con rasgos que son propios de cualquier sistema productivo. No se debe ignorar, en consecuencia, que lo ideológico es una dimensión constitutiva de todo sistema social de producción de sentido.

Los imaginarios sociales en la praxis semiótica

La teoría de los imaginarios sociales adquiere en el trabajo sociosemiótico un nuevo impulso. Como se sabe, se trata de una teoría en construcción que tiene como centro un concepto extremadamente flexible que debe ser definido cada vez que un investigador se refiere a él. Nos interesa –más allá de enriquecer el debate teórico– transformar este constructo en una interesante fórmula para estudiar el orden social dominante. Para ello abordaremos nuestra propia lectura del imaginario social con sus consiguientes implicancias metodológicas: presentamos la *tesis del ojo semiótico*.

El punto de conexión de lo imaginario con la teoría sociosemiótica es la figura de la narratividad y las formas textuales a través de las cuales aquella se expresa. La narratividad se configura como un núcleo de capital importancia en la creación e influencias

de imaginario sociales. Todo orden narrativo postula un esquema de percepción interpretativa. Se trata de una estructura semiósica que está presente en las manifestaciones cotidianas del ser humano: en una carta de amor romántico, en el lenguaje cinematográfico, en la gramática musical de una orquesta, en la propaganda política callejera o en el texto de una entrevista informativa. Los imaginarios sociales actúan en dichas narratividades a través de un proceso semiósico que identifica tres niveles de investidura de sentido (Gómez 2001, p.195-209).

El primer el nivel está conformado por lo imaginario. Aquí, los imaginarios sociales tienen una función semejante a la de los lentes o anteojos, ya que nos permiten percibir a condición de que ellos –como los lentes– no sean percibidos en la realización del acto de visión. Actúan como esquemas que permiten percibir algo como real o como dispositivos de creación de significado. Un segundo nivel identifica a aquellos textos y representaciones o cualquier cosa capaz de generar lecturas e interpretaciones. En este “peldaño” del proceso de significación, los imaginarios han dado lugar a signos fácilmente reconocibles, como el amor romántico representado en una rosa roja o la paz en una paloma blanca. Estas representaciones se articulan en un tercer nivel, como parte de regímenes de significación en forma de discursos, universos simbólicos y paradigmas culturales legitimados en las prácticas institucionales oficiales o en los medios de comunicación de masas. En la articulación de esos tres planos está la clave para comprender el actuar de los imaginarios y su función significante. Sólo es posible identificar los imaginarios sociales a través de la materialización discursiva de esos imaginarios en textos concretos: a través de representaciones efectivas.

Por todo lo anterior, y a nuestro entender, los *imaginarios sociales* son imágenes psíquicas que actúan como instrumentos de percepción de la realidad significante en forma de esquemas abstractos de representación y/o matrices de sentido. Vemos a través de ellos –tanto a nivel individual como colectivo– una variedad de mundos posibles, definiendo automáticamente los campos semánticos de lo visible (relevancia) y lo no visible (opacidad).

De la definición propuesta se deducen un conjunto de rasgos observables, los que darán cuenta de una nueva lectura sociosemiótica:

Primero; los imaginarios sociales actúan como instrumentos de percepción de la realidad en forma de matrices de sentido. No se puede acceder a los “hechos en bruto” o en directo. Estos no existen en las posibilidades de observación de todo ser humano. Observamos sólo realidad significante, en cuya mediación los imaginarios sociales tienen un rol sustancial.

Segundo; la existencia de los imaginarios sociales es psíquica, a nivel individual y colectivo. Observamos yuxtaponiendo y conectando variedad de imaginarios sociales, lo que nos genera una subjetiva y personal única mirada de la realidad. Ello, sin embargo, no contradice la idea de que la circularidad del conocimiento se basa en una acción conjunta de subjetividades. La intersubjetividad constituye lo real.

Tercero; los imaginarios sociales hacen posible la observación de primer orden, garantizando nuestro rol como observadores únicos de la realidad. Nuestros lentes de visión no son transmutables ni extrapolables a otras miradas semióticas. La mirada siempre es única, nos ubicamos en un lugar y miramos con nuestros propios lentes de visión.

Cuarto; los imaginarios sociales no constituyen ellos mismos la realidad observada de primer orden, vemos a través de ellos esa realidad, lo que los pone en una categoría semiótica de pre-realidad o pre-sematicidad, siendo sólo objeto de observaciones de segundo orden (o lecturas semióticas avanzadas). Esto transforma al imaginario social en el punto ciego de la observación natural, y a la cual se revela la sociosemiótica.

Quinto; los imaginarios sociales definen automáticamente las relevancias y las opacidades. La realidad que queda dentro del campo de visión de estos “lentes” se constituye en las relevancias (lo visible) y lo que queda fuera, en opacidades (lo invisible).

Sexto, actúan como la base semiótica de los mundos posibles. Expresan la realidad de lo posible, tanto la realidad y la irrealidad, fundiendo en una sola la realidad significativa. Lo irreal no es posible desde el momento que reconocemos que nos guía un principio antrópico. Es decir, la realidad depende de alguien con conciencia para observarla. Una realidad no observada no existe para nosotros, y cuando nos acercamos a una realidad aparente, en dicha reflexión le otorgamos categoría existencial de tipo significativa.

Séptimo; los imaginarios proporcionan categorías de comprensión de la realidad. Este ordenamiento semántico es una acción propia de los seres semióticos (que significan y que crean significado): son fuente y parte de la semiosis social.

Octavo; los imaginarios sociales no tienen realidad física o material. Al ser significaciones imaginarias, no corresponden a objetos naturales, o no se derivan de las cosas. A pesar de esto, son percibidos a través de corpus textuales. Sólo podemos dar cuenta de los imaginarios sociales cuando éstos se materializan

discursivamente en textos concretos. Los imaginarios hacen posible las representaciones y cualquier forma de expresión concreta de sentido.

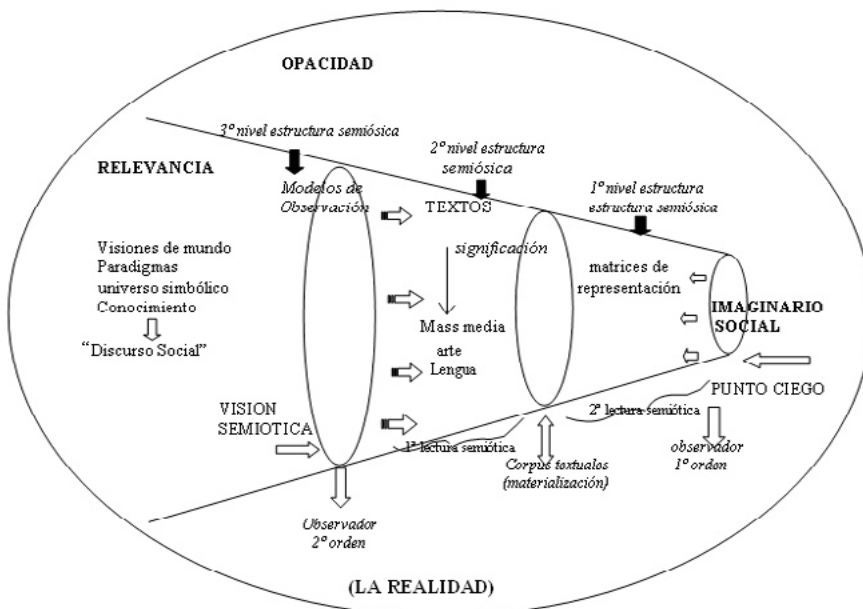
Noveno; expresan la dominación siempre a nivel discursivo. Los imaginarios sociales, se transforman así en conceptos abstractos y amorales. Sin imaginarios sociales no es posible la existencia de discursos, pero dicha articulación es la que conforma su rol en la dominación. Hay discursos dominantes (que articulan un gran discurso hegemónico) y discursos dominados (alternativos o contradiscursos).

Décimo; los imaginarios sociales se legitiman discursivamente en relaciones cíclicas irregulares, manifestándose en tres niveles de la estructura semiótica o niveles de investidura de sentido: matriz de representación, textual y discursivo. En la articulación de esos tres planos está la clave para comprender el actuar de los imaginarios y su función significante.

El esquema del Ojo Semiótico

Según la tesis que se presenta en estas líneas, el imaginario social ocupa la figura de un punto ciego, a condición de que –como lentes– no sean vistos en el acto de visión (Pintos 2005). De este modo, la semiosis social debe ser estudiada como un proceso dinámico e infinito que actúa con un doble movimiento centrífugo/centrípeto, dirigiéndose hacia y desde el punto ciego. La particularidad de esta propuesta radica en que el sentido sólo puede ser observado a través de formas y corpus textuales, marcando la orientación del análisis semiótico. Ellos escenifican los imaginarios, como imágenes de segundo orden, articulados en, por y para las estructuras de las diversas manifestaciones discursivas. A esta imagen simplificadora de la realidad social que reconoce las categorías de discurso, texto e imaginario social la hemos denominado *Ojo Semiótico*, apelando por un lado a la metáfora de los lentes por medio de los cuales miramos nuestro entorno y, por otro, a la pretensión semiótica de ver la realidad desde un enfoque distinto al que estamos acostumbrados.

Esquema del Ojo Semiótico



El esquema grafica el desafío que tiene la sociosemiótica como método, reafirmando la idea de que el mundo se percibe a través de categorías de sentido. En nuestra opinión, dichas categorías están definidas por imágenes psíquicas que actúan como instrumentos de percepción, a las que denominamos *imaginarios sociales*. En nuestra tesis, el imaginario social deja de ser sinónimo de signo o representación colectiva. A través de esas imágenes vemos el mundo, pero lo hacemos sin observar al propio imaginario. Este actúa como un *punto ciego* (representado por el primer anillo concéntrico, a la derecha del dibujo) como los anteojos que nos mejoran la visión. Se trata de la *observación de primer orden*. Esta mirada hace perceptible una parte de la realidad (*relevancias*), dejando otra parte de aquella fuera del campo de visión (*opacidades*). El campo de visión se extiende a lo ancho del círculo (imagen geométrica que representa la realidad). En él están representados tres niveles de estructura semiótica: el primero, conformado por la matriz de sentido imaginante e imaginaria; el segundo, compuesto por diversos sistemas de significación en forma de textos de diversa índole (mediáticos, artísticos, culinarios, gestuales, estéticos, etc.) que le dan corporeidad a la existencia (el “algo” recibe nombre y se categoriza a través de tipificaciones); y un tercer nivel, que contiene a los regímenes de significación (el “Discurso Social”, en singular). El tercer anillo concéntrico (a la izquierda del dibujo) representa la *observación de segundo orden*, que consiste en poner atención desde dónde y cómo el observador de

primer orden captura la realidad (visión semiótica). Comúnmente desde allí se efectúa la primera lectura semiótica, la que llega sólo a nivel de textos (el segundo anillo), y no se pregunta acerca de los imaginarios.

Como se puede observar, un análisis de los imaginarios sociales debe contener una proyección de la lectura semiótica clásica, referida exclusivamente a indagar en los textos. La segunda lectura que se propone debe alcanzar el mismísimo punto ciego. Es tarea del semiólogo colocarse en la perspectiva del observador de segundo orden, el que observa al observador. Esta exigencia es la exigencia metodológica de cualquier análisis sociosemiótico: hacer visible aquello que el orden discursivo oculta, poniendo énfasis –como dice Angenot– en las periferias discursivas. Es tarea del semiólogo poner lo natural en tela de juicio.

La labor de identificación de un discurso como dominante se facilita en la aplicación del modelo, una vez observado el número de visiones semióticas que coinciden con el mismo cuerpo de paradigmas y conocimientos. Es decir, desde diversos puntos ciegos (imaginarios sociales) es posible observar los mismos discursos sociales, constituyéndose lo que Marc Angenot denominó una hegemonía discursiva. Estas coincidencias, además, dan cuenta de las opacidades que quedan fuera de la visión de los diferentes puntos ciegos, confirmándose así la utilidad del modelo para fines pedagógicos e investigativos. Ahora bien, toda lectura semiótica se ubica como parte de la relevancia, en medio de los paradigmas teóricos y metodológicos, pues no se puede salir de ella. Siguiendo con la tesis que se postula, la pertinencia de un conocimiento depende de los intereses históricos, sociales y políticos que condicionan al observador. Nos guía la célebre frase de Maturana, “los seres humanos no tienen acceso a su propio campo cognoscitivo fuera de ese campo” (Maturana y Varela 1984). La teoría de la circularidad del conocer a la que adscribe el biólogo chileno deja en evidencia un problema metodológico, pues ¿cómo acceder a la verdadera realidad de las cosas si el investigador también es parte de ella?

“(…) al fenómeno del conocer no se le puede tomar como si hubieran hechos u objetos allá afuera, que uno capta y se los mete en la cabeza. La experiencia de cualquier cosa allá afuera es validada de una manera particular por la estructura humana que hace posible la cosa que surge en la descripción (...) Todo lo dicho es dicho por alguien. Toda reflexión trae un mundo a la mano, y, como tal, es un hacer humano por alguien en particular en un lugar particular” (Maturana y Varela 1984, p.13).

Es en este plano epistémico donde la sociosemiótica encuentra su plena justificación. A través de la semiosis se instituyen los conocimientos que rodean al hombre y lo determinan. El conocimiento es inseparable de la praxis semiósica. En estos casos, la búsqueda de las opacidades es el objetivo, como cualquier análisis semiótico que considere la praxis que se muestra en el esquema. La posición del investigador adquiere nitidez desde el momento en que éste es capaz de identificar su propio proceso de producción de saber. Sometido a los dictados de la formación ideológica (sometido a su hábitus y normas del campo académico), el científico social sólo tiene salida a través de una ruptura epistemológica. La autorreflexividad como práctica científica le permite comprender su lugar en el ojo semiótico y su dependencia de las relevancias y opacidades discursivas que son inherentes a su labor productiva.

A modo de conclusión

En una anterior investigación doctoral, el autor de este artículo dio cuenta del complejo escenario por el que atraviesa un sector de las ciencias sociales en Chile. Tras la mirada previa efectuada al resto de Latinoamérica, se pudo constatar que lo que parecía desalentador en el cono sur de América es compartido por la realidad académica de gran parte de los países de la región. La hibridación teórica y metodológica ha orientado los paradigmas dominantes y las dinámicas internas, situación que se traduce en la instalación de un academicismo corporativista a-crítico y entregado a las exigencias del mercado. Siguiendo las palabras de Beatriz Sarlo (2000), lo que llamamos la academia es diestra en la tecnología de la reproducción: generaliza todo lo que toca. Se trata de una práctica igualadora a propósito de un nicho investigativo que no ha estado exento de dificultades.

La mirada crítica que alguna vez tuvo la semiótica latinoamericana se explica por la excesiva ideologización de las ciencias sociales en el continente, lo que transformó a la disciplina en instrumento de lucha y confrontación. Su mala reputación en los años de las dictaduras que vendrían con posterioridad parece haber terminado. Se observa, desde un sector periférico, un nuevo impulso de aquellas técnicas que se nutren de la subjetividad y la construcción social de sentido.

La semiótica, la epistemología de la ciencia y la sociología profunda son las reservas disciplinares que orientarán la práctica investigativa de todo aquello que no es visible a primera vista, es decir, –y siguiendo nuestra teoría– aquello que sólo es mirado como realidad de primer orden. Indagar en la opacidad es la máxima aspiración de un estudio autorreflexivo o metacognitivo. La tarea no es fácil, ya que el orden social se

ha encargado de desechar todas aquellas fórmulas que atenten contra las estructuras de lo institucional.

Si lo anterior guiara los caminos de la semiótica, tarde o temprano la conexión con el trabajo intelectual de Castoriadis, Pintos, Angenot y otros teóricos contemporáneos se habría hecho más que evidente. Si la imaginación condiciona la funcionalidad del aparato psíquico humano, el estudio sobre la construcción de nuestro entorno parece haber encontrado una interesante herramienta semiótica. El imaginario social en tanto instituyente establece significaciones imaginarias que genera marcos en las cuales dichas significaciones adquieren sentido existencial: instituciones de poder, económicas, familiares, de lenguaje, etc. (Castoriadis 2002). Son esos marcos lo que deben ser centros de atención. La orgánica de aquellos y las formas en que sus normas son asimiladas y legitimadas por la intersubjetividad dan cuenta de una deuda con el conocimiento. La soberbia de algunos saberes académicos ha sido la principal responsable del irregular camino por el que han transitado estas disciplinas. Aquellos que ponen en duda esta legítima pretensión deben preguntarse por los discursos dominantes que dan crédito a esta egoísta postura. Ese es el motivo por el que la pregunta en torno a la semioticidad del Discurso Social y las prácticas que éste concentra debe ser respondida. La tesis del Ojo Semiótico intenta responderla.

Referencias

- Angenot, M., (1998). *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba: Ediciones Universidad Nacional de Córdoba.
- Baeza, M., (2003). *Imaginario Sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Concepción: Ediciones Universidad de Concepción.
- Castoriadis, C. (1986). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets, 1986.
- Castoriadis, C. (1998). *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Castoriadis, C. (2002). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. La creación humana I*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castoriadis, C. (2006). *Una sociedad a la deriva. Entrevistas y debates (1974-1997)*. Buenos Aires: Katz.
- Cabrera, D. (2003). *Lo tecnológico y lo imaginario*. Buenos Aires: Biblos.
- Gómez, P. (2001). Imaginario sociales y análisis semiótico. Una aproximación a la construcción narrativa de la realidad. *Revista Cuadernos*, (17) 195-209.
- Ibáñez, J. (1985). *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*. Madrid: Alianza.
- Maturana, H. y F. Varela. (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile: Universitaria.
- Pintos, J. (2005). Comunicación, construcción de realidad e imaginarios sociales. *Utopía y praxis latinoamericana*, 10: 37-65.
- Sarlo, B. (2000). *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Verón, E. (1978). Discurso, poder, poder del discurso. En *Anais do primeiro coloquio de semiótica*. Pontificia Universidade Católica de Río de Janeiro.
- Verón, E. (1997). *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización* (Cursos y conferencias). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Verón, E. (2004). *La semiosis social*. Barcelona: Gedisa.